

Agencia fluvial y relaciones interespecíficas en *El Orinoco ilustrado* (1741) de José Gumilla

Berit Callsen
Universität Osnabrück

Introducción

El Orinoco ilustrado (1741) del padre jesuita español José Gumilla pertenece, sin duda, a los compendios de Historia natural, civil y geográfica más conocidos que dan cuenta del proyecto misional que se emprende en la región del Orinoco (Nuevo Reino de Granada) durante la primera mitad del siglo XVIII. La obra ha sido objeto de numerosos estudios críticos, los que destacan a menudo su particular índole narrativa. A juicio de José Arboleda, en su prólogo a la edición de 1955, esta se caracterizaría por un “estilo gracioso y cortado, en el que la idea se retuerce con reminiscencias gongorinas” (11).¹ Ahora bien, la observación de Arboleda alude aquí a un goce de narrar que, a continuación, nos proponemos analizar más detenidamente.

A nuestro juicio, la narración de Gumilla presenta una doble función moduladora. Por un lado, mediante un gradual acercamiento (tanto físico como emocional) a la naturaleza americana y la fuerza agente del río Orinoco. Por otro, gracias a situaciones de convivencia interespecífica *in situ*, las cuales no solo se describen como observador externo, sino también como sujeto participante. A la par de examinar el modo y la función de estrategias narrativas propiamente dichas, cabe prestar atención a cómo estas llegan a dar cuenta de un contacto inmediato con el saber y las prácticas indígenas locales. De esta manera, se busca resaltar una variabilidad epistémica en el discurso narrativo de Gumilla que da cuenta de un saber situado

1 El paratexto de Arboleda resulta de por sí llamativo en tanto que, por momentos, hace resonar el tono fascinado y hasta exotizante e imperialista que subyace también en ocasiones al texto principal. Así, Arboleda llega a afirmar: “La maraña silenciosa, el húmedo ambiente de los bosques de la Orinoquia, abrigaron durante treinta y cinco años al Padre Gumilla, brindándole los tesoros de sus misterios, de su fauna incógnita, de su flora feraz” (1955, 8).

y que hace visible cómo un lugar periférico de producción de conocimiento se inscribe en el texto, haciéndose presente como sustrato puntualmente expuesto al raciocinio europeo e ilustrado. Esta constelación, a su vez, permite reflexionar sobre un potencial de reconfigurar la retórica colonial subyacente en gran parte del discurso de Gumilla, abriendo la perspectiva hacia nociones no-pragmáticas de asombro, empatía y fascinación que se transmiten, igualmente, a nivel de la recepción histórica.²

José Gumilla y su obra *El Orinoco ilustrado*

José Gumilla (1690-1750) llegó al Nuevo Reino de Granada en 1705, después de haber ingresado a la Compañía de Jesús en el noviciado de Sevilla en 1704 (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 147). Obtuvo su formación jesuita en la Universidad Javeriana de Bogotá y en 1714 recibió la ordenación sacerdotal. Un año después, por orden del padre provincial Mateo Mimbela, Gumilla comenzó a ocuparse de la evangelización de los beyotes en el río Apure (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 147). Hacia 1723, fue nombrado superior de las misiones de Orinoco, Meta y Casanare, evento que coincide con la creación de la misión del Meta (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 148). En 1731, Gumilla fue seleccionado para restaurar la misión del río Orinoco (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 148; Huertas Ramírez 2003, 347). Ello implicó una expansión misional al interior de Guyana, donde el jesuita se desempeñó como impulsor en el proceso de delimitar las respectivas jurisdicciones misioneras en la región del Orinoco y alto Orinoco (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 148; Useche Losada 1987, 97; Donís Ríos 1986, 157 y ss.). Hacia 1737, Gumilla asumió temporalmente el cargo de rector del Colegio de Cartagena y en 1738 fue escogido como procurador general de la Provincia ante la Corte Española y General de la Compañía de Jesús, junto con P. Diego Terreros (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 148; Castro Roldán 2011, 43).

De regreso a España, comenzó a gestionar la publicación de su obra *El Orinoco ilustrado* que se efectuó, finalmente, en 1741. El libro se imprimió por la Imprenta y Librería de Manuel Fernández, impresor de la Reverenda

2 Desde otra perspectiva, Fernando Nina ha estudiado la resultante oscilación ambivalente en el discurso de Gumilla como movimiento textual entre “misofobia y xenofilia, entre pensamiento nosológico que ordena al xeno y el pensamiento xenofidente que acoge y dispone al otro de una manera menos acapadora indisponible (*unverfügbar*), menos dominante” (Nina 2016, 249).

Cámara Apostólica de Madrid. Antes de volver al Nuevo Reino de Granada en 1743, Gumilla dejó preparada una versión ampliada de su obra.³ Afirmar Barnadas que la estancia europea de Gumilla constituye uno de los periodos más desconocidos en la vida del jesuita; el autor subraya que, al lado de sus tareas político-estratégicas de procurador de sus misiones, otro proyecto de Gumilla fue la organización de una expedición de nuevos misioneros al Nuevo Reino de Granada (Barnadas 1968, 418). En 1750, muere en la misión de Llanos (Huertas Ramírez 2003, 347).

Tal como advierten Del Cairo y Rozo Pabón, *El Orinoco ilustrado* constituye, junto con la *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta* de Juan Rivero y *La Historia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América* de José de Cassiani una obra clave para reconstruir y estudiar el proyecto misional jesuita en la América hispánica del siglo XVIII (2006: 146). El compendio se divide en dos partes, de las cuales la primera abarca 25 y la segunda 27 capítulos. Entre los paratextos destacan el prólogo que Gumilla antepone a su obra (“Prólogo para la inteligencia de la obra”), así como la breve introducción que antecede a la segunda parte y que sirve igualmente como elemento vinculante entre las dos partes principales. Temáticamente, la obra provee al lector histórico de informaciones geográficas, históricas, económicas, biológicas, y etnográficas sobre la región del Orinoco, que después del Amazonas conforma el sistema fluvial más grande de América Latina.

La crítica concuerda en que el texto demuestra una expresa heterogeneidad discursiva que reúne, al lado de la moral cristiana y la mentalidad colonial de la Europa del siglo XVIII, un ímpetu didáctico y científico que reluce, no por último, en el extenso subtítulo de la obra que hace referencia a su carácter enciclopédico: “Historia Natural, Civil y Geográfica de este gran Río y de sus caudalosas vertientes: Gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas, yerbas, y raíces medicinales: Y sobre todo, se hallarán conversiones muy singulares a nuestra Santa Fe, y casos de mucha edificación”. Tanto Del Cairo y Rozo Pabón como Caballero Arias y Huertas Ramírez llaman la atención sobre la presencia de estrategias discursivas peyorativas en el compendio, entre las cuales destaca la oposición

3 La segunda edición fue hecha en 1745 y una tercera edición apareció en 1791 (Huertas Ramírez 2003, 350).

asimétrica, exotizante y subordinante que desde la “diferencia colonial”⁴ (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 154) imagina y representa a los indígenas como seres inferiores al patrón cristiano, retórica que busca justificar la colonización cultural, política y mental así como la evangelización desde la construcción de la subalternidad (Del Cairo y Rozo Pabón 2006, 154s; Caballero Arias 2014, 50ss y Huertas Ramírez 2003, 350). Es ante este trasfondo que, en el prefacio a su obra, Gumilla se refiere a “las incultas, y ciegas naciones del Orinoco” (1955, 44), prefigurando, de esta forma, una clara jerarquía entre la población autóctona y el misionero que se sustenta en el binarismo de “civilización y barbarie”. El proyecto ilustrado, en su afán de descripción exacta e inventario detenido, en parte se empareja, sin duda, con las matrices discursivas insinuadas aquí y en numerosas ocasiones Gumilla hace referencia a su cualidad de observador atento, capaz de dar testimonio de primera mano, basándose en experiencias propias. No obstante, al lado de producir un saber del poder imperial que sirve para futuras colonizaciones, hay que destacar que a lo largo del texto se hace notable, igualmente, la preocupación de Gumilla por responder menos a un interés político-pragmático, dirigiéndose, más bien, a la (momentánea) captura de atención del lector culto. Así, busca hacer surgir su curiosidad y estimular su fantasía al recurrir a un modo expresamente narrativo de su testimonio (Dill 1999, 99). Siguiendo el programa de “prodesse et delectare”, en ello se entreve incluso cierta noción didáctica, observación que es sustentada por un hecho importante en la historia editorial de la obra que refiere Castro Roldán: “Sabemos, por una carta escrita desde Roma a un colega de Madrid, que el primer impulso para escribir su obra parece haber sido no tanto disertar para los eruditos sino enseñar y explicar el Orinoco a la duquesa de Gandía y Béjar, gran dama cuya curiosidad el padre Gumilla se complace en satisfacer, y a quien en algún momento pensó dedicar su obra” (2011, 50).

Es en los momentos expresamente narrativos subyacentes en *El Orinoco ilustrado* que se hace evidente un fin *sui generis* del texto que sale, por lo tanto, de la matriz reduccionista presente tanto en la perspectiva colonizadora como en el proyecto misional y la retórica ilustrada.⁵ Mos-

4 Con Mignolo, se puede advertir en la diferencia colonial el ejercicio del poder colonial que se efectúa en un espacio tanto físico como imaginario, confrontando diferentes grupos culturales y sus nociones temporales y espaciales a un nivel local (2000, viii).

5 En este contexto es interesante que, desde una perspectiva etnográfica, Suárez resalta el “carácter anecdótico de la obra” (1974, 309). Véase para un adicional estudio etno-

trándose abierto al potencial de asombro de las realidades autóctonas con las que Gumilla se ve confrontado, lo que se entreve justamente en estos pasajes narrativos, así la tesis que queremos examinar a continuación, es un modo no solamente admirativo, sino también empático, actitud que se hace notable sobre todo en la observación (o en la experiencia retrospectiva) de variadas relaciones interespecíficas en entornos acuáticos y que es capaz de disminuir las nociones jerárquicas, dicotómicas y peyorativas que prevalecen en otros momentos del autoentendimiento ilustrado, hegemónico y dominante ante la cultura indígena. Es ahí donde la perspectiva de Gumilla, catalizada por diferentes estrategias narrativas y corroborada por el objetivo didáctico, se abre, al parecer, a un saber autóctono-práctico como queda escenificado en situaciones concretas de pesca y caza, dándose en las orillas del Orinoco.

Sobre peces, tortugas, caimanes y un río potente: nociones de asombro y empatía en *El Orinoco ilustrado*

A continuación, cabe examinar las estrategias narrativas de diferentes pasajes del texto que se centran tanto en las cualidades del río como en la observación de su fauna y la descripción de situaciones de convivencia entre seres humanos, animales y agua. Se hará visible un personaje principal —el Orinoco— que funciona como eje de la narración capaz de ofrecer un sugerente potencial de identificación. Tanto en el prólogo como en los primeros capítulos del compendio se advierte una introducción sucesiva del Orinoco, que es magistralmente organizada y que encuentra su punto de anclaje en la construcción de un verdadero sujeto fluvial.

Así, en el “Prólogo. Para la inteligencia de la obra” —tras haber subrayado la veracidad⁶ de su testimonio y la exactitud⁷ de sus observaciones—, Gumilla da cuenta del objetivo principal de su escrito: “todo el cual conjunto, y agregado de noticias dará motivo, para que el gran río Orinoco, hasta ahora casi desconocido, renazca en este libro, con el renombre de

gráfico del *Orinoco ilustrado* (que requiere, sin duda, de una lectura contextualizadora y crítica) Pollak-Eltz (1972).

- 6 Advierte Gumilla: “apuntaré lo que ocurriere, y lo que ofreciere el contexto de la historia: apartaré, como tierra inútil, lo que hallare no ser conforme con la realidad de lo que tengo visto, y experimentado” (1955, 40).
- 7 Afirma Gumilla: “demarcaré también la situación del Orinoco, y de sus vertientes: apuntaré el caudal de sus aguas, la abundante variedad de sus peces, la fertilidad de sus vegas, y el modo rústico de cultivarlas” (1955, 41).

Ilustrado; no por el lustre, que de nuevo adquiere, sino por el caos del olvido, de que sale a la luz pública” (1995, 41). Aquí ya se evidencia el ímpetu de dar a conocer el Orinoco como “nuevo”, redescubierto a través del raciocinio civilizado que conlleva, sin duda, un gesto posesivo en el mismo acto de “bautizarlo” como “ilustrado”.⁸ Sin embargo, como aspecto adicional se entreve, desde aquí, la tendencia de Gumilla de personificar y antropomorfizar al río, atribuyéndole cualidades humanas. De este modo, el texto establece una particular cercanía con el elemento acuático, promoviendo igualmente como base de identificación para el lector histórico. Por consiguiente, ya desde el prólogo, el río está en el centro de la atención y de la escritura misma. El Orinoco fecunda la narración de Gumilla y, tanto a nivel de contenido como a nivel estructural, su corriente funciona como un guía global que modula la transmisión de informaciones y la organización del mismo proceso de redacción. Así que Gumilla escribe:

No obstante procuraré, que mi pluma unas veces ande y otras veces corra al paso del río Orinoco, cuyas vertientes sigue: éstas forman un fluido, y dilatado cuerpo, con la insensible, y pausada agregación de inmensas aguas, hijas de muy diversos, y distantes manantiales, que naturalmente corren a su centro, sin otro impulso, que el de su peso propio: ya aplica sus caudales a enriquecer, y fecundar sus deliciosas vegas; ya los expulsa en anchurosos lagos; y ya, con furia, lo aparta destrozados del duro choque de incontrastables rocas variedad natural, que si hermosea el flujo del caudaloso Orinoco, debe dar el ser, y la hermosura a la historia, que el mismo río nos ofrece, con amena variedad, para evitar el fastidio (1955, 41).

Al resaltar, sobre todo, la dinámica autosuficiente del agua, al lado de dar descripciones vivas de la abundancia y fecundidad de esta y de los entornos acuáticos, se introduce la idea de una agencia propia del río que Gumilla parece reconocer aquí como fuente de su producción textual. Con todo, la equiparación metonímica entre proceso escritural y corriente del río que se revela en este pasaje permite pensar en una estrategia de “narrativa fluvial”⁹ que obtiene un triple efecto: la captación de la atención

8 Entre las diferentes significaciones que registra el verbo “ilustrar” en el siglo XVIII, la que más probablemente aplica en este contexto es la de “dar luz” o “aclarar alguna cosa”, puesto que el ímpetu de Gumilla es reunir informaciones anteriormente desconocidas sobre el Orinoco. Cf. *Diccionario de Autoridades* (s.v.).

9 En diferentes momentos, mediante este procedimiento se advierte un estilo “inmersivo” que evoca la “confluencia” de agua fluvial y tinta de escribir y que, a nivel de recepción, crea la ilusión de estar envuelto físicamente por el elemento líquido. De ahí que en el capítulo XV (“De otros insectos, y sabandijas venenosas”) Gumilla evoque una imagen que hace confluír la tinta de la pluma con otros elementos líquidos como

del lector; la creación de descripciones vivas e inmediatas; y, a nivel meta-narrativo, la inauguración de un narrador-autor que está presente como múltiple observador de sí mismo, de su texto y de su objeto de estudio (el Orinoco). Como veremos, esta narrativa fluvial se hace presente en diferentes momentos del *Orinoco ilustrado*, apareciendo frecuentemente en la apertura y/o al final de los capítulos, cumpliendo, así, también un papel preponderante en la guía del lector.¹⁰

Retomando la imagen del río ágil y dinámico, introducida en el prólogo, en el segundo capítulo de la primera parte (“Situación del río Orinoco y caudal de aguas que recoge”), Gumilla evoca la confluencia entre el Orinoco, el Apure y el Guarico como un encuentro que no se puede llamar de otra forma que violento:

[...] así sangrado, y desahogado ya Apure, corre soberbio a entregarse al dominante Orinoco; pero antes (como se ve en el plan) se abre en tres bocas tan caudalosas, y de corriente tan arrebatada, que parece no tira tanto a entregarse, cuanto a tragarse al Orinoco: no lo consigue, por el inmenso contrapeso de aguas que encuentra en este; pero es tal el choque de unas contra otras, que de una legua casi de ancho, que allí tiene el Orinoco, pierde el cauce de más de una cuarto de legua, a violencias de sola una de las tres bocas de Apure, hasta que turbada su furia entre espantosos remolinos, de que con suma cautela huyen los navegantes, corre hombreándose de él con lo claro, y cristalino de sus aguas, hasta que violentado de los peñascos del raudal del *Guarico*, se confunden con las turbias olas del Orinoco (1955, 61).

Aunque afirma querer dar “útil advertencia” (1955, 61) para navegantes, ya que en el pasado en los remolinos de Apure y Orinoco han ocurrido muchos naufragios, lo que resalta ante todo en este pasaje, es la preocupación por transmitir la viva potencia del Orinoco; el procedimiento de concebirlo aquí en una visión conjunta que presta atención a dos ríos más, no solo contribuye a la dramatización de la situación, sino que traza el río recurriendo al instrumento de la caracterización ajena: el Orinoco reluce

el veneno, hecho que recuerda la estrategia global que subyace en el texto entero de hacer correr el hilo narrativo a la velocidad del objeto de estudio: el río Orinoco. Afirmar Gumilla en el llamado capítulo XV: “Tiré a salir de ellos en el capítulo pasado, por no mojar mi pluma en tanto número de venenos: pero ya es preciso dar sucinta, y breve noticia de algunos otros, y con eso verificar lo que allí dije; y es: que las plagas de aquellos países exceden en número a las de Egipto” (1955, 322).

10 Adoptando el modo del *pluralis modestiae*, en estos momentos el narrador-autor se dirige frecuentemente al lector que le acompaña en su viaje por la región fluvial, conduciendo su vista.

en sus cualidades, distinguiéndose de los otros ríos, estrategia que se retomará en el capítulo tres.

El hecho de que al final de las descripciones dramáticas de este segundo capítulo, Gumilla literalmente cambie de posición, adoptando una perspectiva más distanciada y serena que se inspira en el movimiento calmado del río, guiando al mismo tiempo la atención del lector, da cuenta de la expresa conciencia del jesuita por componer y orquestar su escritura y subraya su capacidad de narrador. Así que advierte: “Y porque cuanto este viaje, desde el mar, hasta el río Ariari, ha sido tan de prisa, que apenas hemos podido observar las bocas de los ríos tributarios del Orinoco, bajemos otra vez a la costa, y sin apartar los ojos de él, subamos observando solo el caudal, y rato modo de correr de este soberbio río” (1955, 64). Gumilla camina, por lo tanto, con el lector junto a las orillas del Orinoco, sigue su cauce y la corriente determina el régimen de perspectivas y hasta el radio de las observaciones: una vez más, el Orinoco se insinúa en esta narrativa fluvial como sujeto protagonista y ser vivo con potencial de agencia que sabe guiar la vista tanto del narrador-autor como del lector, componiendo a ambos en un destino común: el de conocer y dar a conocer a este “gran río” (1955, 56).

Siguiendo la matriz competitiva, introducida en el segundo capítulo al reescenificar una verdadera lucha acuática, Gumilla retoma este instrumento de dramatización en el tercer capítulo de la primera parte (“Fondo del gran río Orinoco: Sus raudales y derrames: singular, y uniforme modo de crecer y menguar”), recurriendo ahora, sin embargo, a una retórica ya más científica que aparece como sustrato de la siguiente personificación del río:

Pero a vista de lo dicho, ¿quién hará cabal concepto del abismo de aguas, que en su anchuroso cauce incluye el Orinoco? Los geógrafos convienen, en que en nuestro mundo antiguo no hay río alguno, que pueda compararse con el de San Lorenzo en la *Virginea*; en la América Septentrional, con el de la *Plata* en *Paraguay*, ni con el *Marañón* en los confines del Brasil. Ahora sale a luz pública el gran río *Orinoco*, no quiere quitar su grandeza a los tres nombradísimos ríos; pero pide, y con razón, que se tomen nuevas medidas, que se atienda a su fondo, y caudal, para entrar a competir con todos cuantos ríos famosos hasta hoy se han descubierto en los dos mundos antiguo y nuevo. [...] Bien puede hombrarse el Orinoco, sin temor alguno, con los dichos tres ríos, que hasta hoy se han llevado la primacía (1955, 66-67).

Resulta evidente que bajo la antropomorfización del Orinoco —que aquí se evoca como efecto directo del escenario competitivo— subyace

también cierta dinámica proyectiva que recentra la atención en Gumilla mismo, a quien —como ilustre “descubridor” del Orinoco, adherido al método de la medición exacta— conviene atribuir el mérito de haber reconocido en el Orinoco el potencial para establecer un nuevo orden fluvial a nivel mundial. El efecto de personificar al río, finalmente, convierte a este cuerpo de agua en instrumento y agente de la imperial empresa de conquistar y explotar. Cabe destacar, por lo tanto, que la estrategia de atribuirle cualidades humanas al Orinoco y establecer, por consiguiente, una cercanía emocional con el elemento fluvial, al lado de nutrir la noción narrativa del testimonio y crear una base de identificación, cumple, sin duda, una función estratégica prevista de sustentar y justificar una triple dominación: religiosa, epistémica y política. De esta manera, se hacen visibles paralelas explícitas con el procedimiento descrito con anterioridad, esto es, calificar el Orinoco en la introducción del libro de “ilustrado”, integrándolo, de esta manera, al discurso hegemónico colonial.¹¹

La introducción minuciosa del Orinoco en los primeros capítulos del compendio sirve también para crear un escenario en el cual aparece una gran variedad de animales y se desarrollan múltiples relaciones interespecíficas. La detenida descripción de la biodiversidad acuática en los capítulos siguientes, al lado de dar cuenta de una fascinación europea por lo que se percibe como “nuevo” y “diferente”, contribuye, de esta forma, a la imagen singular que Gumilla procura trazar del Orinoco. Al comienzo del capítulo XXI (“Variedad de peces, y singulares industrias de los indios para pescar: piedras, y huesos medicinales, que se han descubierto en algunos pescados”), Gumilla refiere:

[...] volvamos los ojos a esos dilatados placeres del Orinoco, y a esa inmensidad de extendidas lagunas, en que divierte sus aguas cuando crece; y a buen seguro, que al ir registrando la multitud, variedad, y propiedades de tan innumerables especies de peces como engendra, y mantiene el Orinoco en sus vivares; y al ver, y reparar las mañosas industrias con que los indios los engañan, y pescan, tenga un buen rato nuestra curiosidad, y mucha materia nuestras

11 En diferentes pasajes del compendio se evidencia, además, un gesto imperialista que se sustenta en una lógica extractivista. En el capítulo XXIV (“Fertilidad y frutos preciosos, que ofrece el terreno del Orinoco, y el de sus vertientes”), Gumilla afirma: “Y volviendo a coger el hilo, que interrumpimos arriba acerca de la fertilidad de los valles, y riberas del Orinoco, y de sus vertientes, junta aquella con la exorbitante abundancia de peces, y tortugas de dicho río, aceites, resinas, y aromas, y los frutos, y frutas propias del país: todo este conjunto mudamente clama, y ofrece desentrañarse para sustentar a muchos pobres, que no tienen en España, ni un palmo de tierra de que mantenerse” (1955, 215).

potencias, para excitarse, y prorrumpir en alabanzas de el admirable autor de la naturaleza, que tan varia, útil, y hermosamente adornó, y preparó tal casa, y tal despensa, para los hijos de los hombres, sin reparar su majestad en nuestra ingrata correspondencia (1955, 185).

Además de alabar la cantidad y variedad de peces, gesto que deja entrever cierto afán de inventario, Gumilla llama la atención sobre las prácticas locales de pesca que a continuación estudiará con mayor profundidad. Con todo, evoca aquí un entorno acuático abundante cuyo origen atribuye a la fuerza divina. Junto al sustrato de la moral cristiana, en otro momento, se refuerza el ímpetu enciclopedista, cuando afirma: “Lo que en esta materia causa mayor armonía, es la novedad de especies, y figuras de pescados, tan diversos de los de nuestra Europa, que ni aun las sardinas son de la figura, ni del sabor de estas” (1955, 185-186).

Si bien se advierte, por lo tanto, en estos pasajes una perspectiva pragmática que califica el entorno acuático según taxonomías occidentales (recurriendo tanto al patrón cristiano como al inventario científico) para integrarlo, de esta manera, al concepto de mundo dominante, se hace notorio también una profunda fascinación, que Gumilla busca transmitir al lector, apelando a su curiosidad e incitando hasta su excitación. Con tal motivo, Gumilla recurre en otros pasajes de este capítulo XXI a la descripción minuciosa de diferentes estrategias de pesca que observa entre los indígenas. La descripción detallada de estas situaciones concretas, que capta la convivencia intensa entre hombres, animales y naturaleza, deja entrever una cercanía física que evoca al mismo Gumilla, inmerso corporalmente en las escenas que observa. De ahí que advierta, refiriéndose a dos métodos de pesca, lo siguiente:

Es gusto ver la brevedad con que coge pescado para toda su familia, porque va arrojando peloticas a toda prisa, y con la misma las van tragando los pececillos, y con aquella píldora quedan borrachos, y sin movimiento; todo es uno. La corriente los va llevando abajo, y los chicos con mucha bulla, y algazara los recogen. Es por cierto modo raro de pescar, y fuera del útil que da, es rato divertido. La destreza con que un indio de Orinoco sale en su canoa sirviendo su mujer de piloto, clava un arpón al manatí, y lo lleva al puerto: ¡es cosa admirable! (155, 189).

Su testimonio en presente de indicativo crea un efecto de inmediatez y la transmisión detallada de movimientos, reacciones e interacciones humano-animales-acuáticas posibilita al lector una imaginación viva de la situación. Además, lo que resalta aquí es el hecho de que Gumilla experi-

mente un franco deleite al observar a los indígenas pescando, una actitud que se empareja, además, con una evaluación respetuosa de sus facultades prácticas. La presencia de emociones positivas y la descripción transparente de las mismas, a su vez, dan cuenta de una actitud empática del jesuita que aquí se presenta, por lo visto, sin ninguna disimulación pragmática.

Las coordenadas de la viva descripción de relaciones interespecíficas se intensifican aún en el siguiente capítulo XXII (“Cosecha admirable de tortugas que logran los indios del Orinoco: Huevos de ellas que recogen; y aceite singular que sacan de dichos huevos”), dando cuenta no solo de un tono admirativo, sino reforzando también el modo empático a través del cual Gumilla se acerca a las realidades observadas, haciendo referencia ahora, sobre todo, al nacimiento de tortugas. Inicia sus observaciones con una hipérbole que sirve aquí como ilustración potente de la abundancia de especies que pueblan el Orinoco:

Es tanta la multitud de tortugas, de que abunda el Orinoco, que por más que me dilate en ponderarla, estoy seguro, que diré menos de lo que realmente hay: y al mismo tiempo conozco, que no faltará alguno que al ver esta mi relación ingenua de lo que tan repetidas veces he visto, experimentado, y tocado con mis manos, me tenga por ponderativo; pero es cierto, que tan difícil es contar las arenas de la dilatadas playas de el Orinoco, como contar el inmenso número de tortugas, que alimenta en sus márgenes, y corrientes (1955, 193).

Al igual que en el pasaje inicial de este capítulo, la referencia a la multitud de animales —peces y tortugas— que abarcan el Orinoco y sus orillas permite ilustrar la potencia, fecundidad y singularidad del río. Es tanta la cantidad de tortugas que a Gumilla le resulta difícil contabilizarlas y dar su número exacto; un coqueteo expresivo que, en este pasaje, superpone la abundancia natural al ideal mesurado y objetivo de la perspectiva ilustrada y que contribuye, sin duda, a la calidad narrativa del pasaje en tanto que activa la fantasía, al igual que el asombro y la curiosidad del lector. A continuación, el proceso como las tortugas ponen sus nidadas es observado por Gumilla de forma detallada. De ahí que se haga notable, igualmente, una tendencia a la antropomorfización que, en un paso siguiente, da lugar a un modo empático que el jesuita parece experimentar esta vez hacia los mismos animales y que, a través de la minuciosidad de su relato, parece querer hacer accesible también al lector. Advierte Gumilla primero: “Las tortugas, temerosas del sol, que las suele su calor dejar muertas en las playas, salen a los principios de noche a poner sus nidadas” (1955, 194). Ahora bien,

entre las “tres cosas curiosas” (1955, 194) que el jesuita llegó a aprender sobre estos animales y que comunica a su lector implícito nos centramos aquí en la tercera, el nacimiento de las crías y su comportamiento de recién nacidos:

La tercera cosa que noté es, que ya salidas de sus cáscaras las tortuguitas, que son por entonces del tamaño de un peso duro, no salen de día fuera de su cueva: Ya les avisó la naturaleza, que si sale de día, el calor del sol las ha de matar, y las aves de rapina se las han de llevar. Salen, pues, con el silencio, y fresco de la noche; y lo que me causó más admiración es, que aunque la cuevecilla de donde salen esté media lega, o más distante del río, no yerran el camino, sino que vía recta se van al agua. Esto me causó tanta armonía, que repetidas veces puse las tortuguillas a gran distancia del río, llevándolas cubiertas, y haciéndoles dar muchas vueltas, y revueltas en el suelo, para que perdiesen el tino; pero luego que se veían libres, tomaban el rumbo derechamente al agua, obligándome a ir con ellas alabando la providencia admirable del Criador, que a cada una de sus criaturas da la innata inclinación a su centro, y modo connatural de llegar a él! Gran reprehensión nuestra, que aun alentados de los eternos premios, y amenazados con imponderables castigos, apenas acertamos a tomar la senda derecha de nuestro último fin, y centro de la bienaventuranza, para que Dios nos crió! (1955, 195).

El asombro sobre la capacidad innata de orientación en las crías se empareja aquí de inmediato con la alabanza de Dios, recurriendo, de este modo, una vez más a la explicación de un fenómeno natural que está conforme con la cosmovisión cristiana. Sin embargo, como se ha indicado más arriba, lo que llama la atención es el alto grado de inmersión física en el medioambiente del cual también este testimonio de Gumilla da cuenta. Así que no solo entra en contacto corporal con las tortugas, levantándolas y haciéndolas dar vueltas, sino que sigue sus pasos “obligando[le] a ir con ellas”. Al igual que la corriente del Orinoco, la caminata de las crías determina no solo la perspectiva de Gumilla —aquí se hace notable un verdadero “zooming in” que enfoca los detalles— sino que modula también sus propios pasos, la velocidad de su movimiento y su proxémica. En estos momentos, Gumilla mismo deviene parte de y experimenta las relaciones interespecíficas que en las situaciones de pesca había observado desde afuera.

Echemos ahora un vistazo a la segunda parte del compendio: tras la breve “Introducción”, que equivale más bien a un paso intermedio meta-narrativo,¹² a través del cual Gumilla lleva a cabo un primer balance de

12 En esta introducción resalta, al lado del discurso cartográfico del jesuita, el procedimiento de equiparar la corriente narrativa con la agencia fluvial, estrategia de la “narrativa fluvial” que ya se establece, como vimos, en el prólogo. Así que Gumilla afirma:

su viaje por el Orinoco, uno de los capítulos que resaltan aquí es el texto sobre los caimanes (“Capítulo XVIII, De los caimanes, o cocodrilos, y de la virtud nuevamente descubierta en sus colmillos”). Al igual que en numerosos pasajes de la primera parte de su texto, Gumilla busca despertar también aquí el interés, la curiosidad y hasta la fascinación de sus lectores. No obstante, cabe destacar que ahora recurre a otra estrategia adicional, consistente en la producción de afectos negativos, como el temor y el asco. El relato del jesuita elabora una imagen plástica del reptil, que ha de dejar horrorizado al lector europeo:

¿Qué definición se podrá hallar, que adecuadamente comprenda la fealdad espantosa del caimán? El es la ferocidad misma, y aborto tosco de la mayor monstruosidad, horror de todo viviente; tan formidable, que si el caimán se mirara en un espejo, huyera temblando de sí mismo. No puede idear la más viva fantasía una pintura más propia del demonio, que retratándole con todas sus señales. Aquella trompa feroz, y verrugosa, toda negra, y de duro hueso, con quijadas, que las he medido, de cuatro palmos, y algunas algo más: aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas de arriba, y abajo; y tantas, no sé si diga navajas aceradas, dientes, o colmillos. Aquellos ojos resaltados del casco, perspicaces, y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia bajo del agua, saca únicamente la superficie de ellos, para registrarlo todo sin ser visto. Aquel dragón de cuatro pies horribles, espantoso en tierra, y formidable en el agua, cuyas duras conchas rechazan a las balas, frustrándoles el ímpetu, y cuyo cerro de broncas, y desiguales puntas, que le afea de alto a bajo, publica que todo él es ferocidad, saña, y furor; por lo cual no hallo términos que expliquen la realidad de las especies, que de este infernal monstruo retengo concebidas (1955, 338).

En esta descripción extensa, viva y también hiperbólica del caimán llama la atención no solo la tendencia sugerente de trazarlo como encarnación del diablo (“demonio”, “infernal monstruo”), sino que también la dimensión desmesurada de su físico queda plasmada en la renuncia estratégica a la palabra exacta. De ahí que la descripción de Gumilla —que

“[...] pero si no me engaño, creo, que los pasos, y capítulos con que hemos venido hasta aquí subiendo contra las corrientes del Orinoco, no han sido tan arduos, ni fastidiosos, que requieran este descanso, o división de segunda parte. Fuera de que, de las novecientas leguas, que ya vía recta, ya en repetidos semicírculos, creemos que corre el Orinoco, tenemos vistas, y navegadas cuatrocientas cincuenta, desde el Golfo Triste, hasta la boca del río Ariari” (1955, 231). Llama la atención la exacta paralelización del recorrido narrativo y fluvial: la introducción a la segunda parte marca la “mitad del camino”, tanto a nivel diegético como en el cauce del Orinoco. Este procedimiento, sin duda, obtiene un efecto sugerente a nivel de recepción, puesto que produce la ilusión de una velocidad idéntica de lectura, pasos humanos y movimiento fluyente, haciendo coincidir, aparentemente, el acto de leer con los actos de caminar y fluir.

el jesuita justifica desde el capítulo anterior¹³ con la necesidad de dar a conocer más detalles sobre el caimán que llegó a aprender por estudio propio— inicie y termine con lo incierto: cuando al principio pregunta retóricamente “¿Qué definición se podrá hallar, que adecuadamente comprenda la fealdad espantosa del caimán?”, activando así la capacidad imaginaria del lector, acaba admitiendo: “no hallo términos que expliquen la realidad de las especies, que de este infernal monstruo retengo concebidas”. Con todo, se hace notable aquí otro coqueteo con la inexactitud para dar cuenta de la dimensión inconcebible de esta especie. Así, una vez más, la preocupación por trazar una imagen viva de la realidad observada y activar, de esta manera, la fantasía del lector, parece superponerse al patrón de la observación y calificación exactas de los hechos. Al lado de la descripción plástica del animal mismo, Gumilla se dedica, repetidamente, a la observación de métodos de caza de los caimanes. Así que el siguiente pasaje da cuenta de su calificación respetuosa del saber práctico-local, que queda inmersa en un ritmo cuidadosamente organizado del relato, procedimiento que ya analizamos en cuanto a sus observaciones de la pesca autóctona. Escribe Gumilla:

[...] en viendo al caimán tomando el sol, procuran no ser sentidos de él, hasta que a un mismo tiempo cae al río el caimán, y el indio que lleva el lazo: monta este sobre la bestia con todo seguro, porque ella, ni puede volver la cabeza para morderle, ni dobla la cola para que le alcance: con el peso del indio, que carga encima, luego va a dar el caimán al fondo del río; mas cuando llega a dar fondo, ya tiene el lazo bien apretado en la trompa, y tres, o cuatro lazadas añadidas, para mayor seguridad [...] (1955, 341-342).

Lo que se entreve, por consiguiente, en estas últimas escenas referidas en torno al caimán, es un goce de narrar y, en momentos, hasta un deleite en exornar la realidad observada. Por lo tanto, Gumilla está presente aquí menos como autor ilustrado o jesuita misional, sino como narrador dotado. A lo largo del *Orinoco ilustrado*, este narrador se sirve de una amplia gama de estrategias narrativas entre las cuales destacan la personificación y dramatización de su principal objeto de estudio, haciéndolo de esta forma

13 Así que en el capítulo XVII (“Peces ponzoñosos y sangrientos”) que traza, dicho sea de paso, una imagen espantosa del “pez temblador” (1955, 336) que emite impulsos eléctricos, Gumilla afirma: “Resta sólo tratar de los caimanes, de quienes, aunque los autores que han escrito de la América, han dicho mucho, yo diré más, por el largo tiempo, que he lidiado con ellos, observando sus ardides, y haciendo también anatomía de sus entrañas; todo lo cual pide capítulo aparte” (1955, 337).

protagonista acuático potente. Se advierte, en algunos momentos, hasta una identificación sucesiva con el Orinoco, sus entornos y habitantes humanos y animales, un proceso de acercamiento en el cual el lector es partícipe. A ello contribuye, el intenso trabajo de guía de lector que emprende Gumilla, sirviéndose de paratextos y capítulos magistralmente contruidos e incluyendo también un alcance meta-narrativo, que —además de la función orientadora— obtiene en ocasiones un aspecto lúdico.

A manera de conclusión: abriendo perspectivas adicionales

Es, sin duda, la convivencia directa entre seres humanos, agua y animales que incita y fomenta la capacidad narrativa de Gumilla. Estos pasajes de vivencias interespecíficas dan cuenta de una inmersión mayor del jesuita en la biodiversidad del Orinoco y, siendo resultados de situaciones concretas y observaciones *in situ*, a su vez, conllevan una triple reubicación. Primero, se puede observar un shift tanto físico como psíquico-mental de la posición dominante y objetiva: a medida que Gumilla se evoca y se siente como parte del entorno que describe, incluyendo contactos corporales, se hace visible una presencia emocional del jesuita, dejando entrever el asombro, la fascinación, la distracción y el goce como afectos que dan cuenta de un entrelazamiento del autor-narrador con su entorno. Segundo, estamos ante una reubicación a nivel narrativo: al ceder la capacidad narrativa, en parte, al sujeto fluvial, el texto se impregna de una particular dinámica, de un flujo de impresiones, por decirlo así, que capta la atención del lector. Esta inmersión en el relato es corroborada, además, en varios momentos por un nivel expresamente meta-narrativo, inducido, por la misma imagen de la corriente acuática que sirve como fuente de la paralelización del acto de escribir (con tinta) y del curso del río. La escritura y la narración se dejan animar, por lo tanto, por el Orinoco que reluce como agente en esta empresa. Tercero, y como consecuencia de los pasos anteriores, observamos, en algunos momentos, una resituación del saber occidental e ilustrado: modulado, en muchos casos, por el acercamiento físico, se da un shift hacia saberes y prácticas locales en torno a la vida fluvial, dinámica que da cuenta de una movilización de las nociones jerárquicas y dicotómicas que subyacen en la mentalidad misional, conquistadora e ilustrada. De ahí que en la observación de la pesca y en el seguimiento de las tortugas recién nacidas, Gumilla parezca abandonar no solo su posición superior en la matriz colonial y misional del siglo XVIII, sino que sale tentativamente del

esquema antropocéntrico experimentando formas de una relacionalidad interespecífica que se acerca a lo que, recientemente, se llegó a nombrar como “ontología relacional”.¹⁴

Asimismo, el vacío proposicional ante el caimán deja entrever un alejamiento no solo del patrón exacto, sino también una renuncia tentativa al logocentrismo —dándose con el fin de aumentar la autenticidad y el impacto del relato—. No obstante, hay que señalar que estos movimientos de reubicación no son del todo estables: se entrecruzan, como vimos, con elementos retóricos tradicionales provenientes del patrón cristiano, colonial e ilustrado, haciendo eco tanto del entorno de enunciación como del nivel de recepción históricos en los cuales se inscribe *El Orinoco ilustrado*. Por cierto, en el siglo XIX, a Gumilla le siguen otros viajeros y exploradores del Orinoco, cuyos relatos y representaciones hidrográficas (mapas) se sirvieron del aporte del jesuita español (Caballero Arias 2014, 113). Entre ellos, Alexander von Humboldt permanece, sin duda, como una de las figuras más famosas. Impregnados por un afán más científico, los diarios de viaje de Humboldt, compilados en su obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente durante los años 1799-1804* (1807), a su vez, han obtenido un efecto duradero sobre las siguientes generaciones de viajeros y cartógrafos como Robert Schomburgk, Richard Spruce, Francisco Michelena y Rojas o Jean Chaffanjon (Caballero Arias 2014: 140 y ss.) y, no por último, sirvieron de inspiración a autores como Jules Verne, quien en su novela de aventuras *Le superbe Orénoque* (1898) se basa en el viaje de Humboldt, hecho que alude, desde otra perspectiva, al fructífero entrelazamiento de observación fáctica e imaginación narrativa en torno al río de la América meridional.

14 Desde perspectivas del así llamado *New Materialism*, tanto Escobar (2014) como de la Cadena (2015), Bennett (2010) y Alaimo (2010), entre otros autores más, argumentan hacia un entrelazamiento intrínseco entre lo humano y lo no humano (o más-que-humano), abogando por una revisión de las relaciones entre hombres, animales y naturaleza que apunta a una conformación más ética y equitativa que supera la división dicotómica entre naturaleza y cultura. La idea de “sentipensar con la tierra” (2014), de Arturo Escobar, aludiendo a la dimensión tanto intelectual como emocional de la relación humano-ambiental, y el concepto de la “transcorporeality” (2010), de Stacy Alaimo, que apunta a una inmersión corporal en el medioambiente capaz de descentrar la posición innata humana, aparecen como dos abordamientos particularmente fructíferos en este contexto.

Bibliografía

- Alaimo, Stacy. 2010. *Bodily Natures: Science, Environment, and the Material Self*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- Arboleda S. J., José Rafael. 1955. "Prefacio. El padre Gumilla S. J. y su obra". En *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río*, José Gumilla, 7-13. Bogotá: Editorial ABC.
- Barnadas S. I., José M. 1968. "Unas cartas desconocidas del padre José Gumilla. 1740-1741". *Archivum Historicum Societatis Iesu*, XXVII/74: 418-426.
- Bennett, Jane. 2010. *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Durham/London: Duke University Press.
- Caballero Arias, Hortensia. 2014. *Desencuentros y encuentros en el Alto Orinoco: Incursiones en territorio Yanomami, siglos XVIII-XIX*. Altos de Pipe: Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.
- Castro Roldán, Andrés. 2011. "El Orinoco ilustrado en la Europa dieciochesca". *Fronteras de la Historia*, 16: 42-74.
- De la Cadena, Marisol. 2015. *Earth Beings. Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Durham/London: Duke University Press.
- Del Cairo, Carlos y Esteban Rozo Pabón. 2006. "El salvaje y la retórica colonial en *El Orinoco ilustrado* (1741) de José Gumilla S. J.". *Fronteras de la Historia*, 11: 145-172.
- Dill, Hans-Otto. 1999. *Geschichte der lateinamerikanischen Literatur im Überblick*. Stuttgart: Reclam.
- Donís Ríos, Manuel Alberto. 1986. "José Gumilla S. J., impulsor del cambio cartográfico ocurrido en Guyana a partir de 1731". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 69/273: 157-176.
- Escobar, Arturo. 2014. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.
- Gumilla, José. 1955. *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río*. Bogotá: Editorial ABC.
- Huertas Ramírez, Pedro Gustavo. 2003. "La concepción del mundo y de la historia en la obra del padre José Gumilla en el siglo XVIII". *Boletín de Historia y Antigüedades*, XC/821: 345-369.
- Kuznetski, Julia y Stacy Alaimo. 2020. "Transcorporeality: An Interview with Stacy Alaimo". *Ecozon*, 11: 137-146. Disponible en: <<https://ecozona.eu/article/view/3478/4471>> [última consulta: 03-12-2024].
- Mignolo, Walter. 2000. *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- Nina, Fernando. 2016. "El Orinoco ilustrado (1741) de José Gumilla: el sujeto americano entre naturaleza y taxonomía". En *Subjetividad y naturaleza en las literaturas hispánicas entre 1650-1800*, editado por Robert Folger y Fernando Nina. Número especial de *Iberoromania*, 84: 243-257.
- Pollak-Eltz, Angelina. 1972. "Woher stammen die Indianer Amerikas? José Gumilla und das Denken seiner Zeit". *Wiener ethnohistorische Blätter*, 5: 21-30.
- Real Academia Española. 1726-1739. *Diccionario de Autoridades*. En línea: <<https://apps2.rae.es/DA.html>> [última consulta: 01-04-2023].

Suárez, María Matilde. 1974. "El contenido etnográfico del *Orinoco Ilustrado*". *Montalbán*, 3: 309-335.

Useche Losada, Mariano. 1987. *El proceso colonial en el alto Orinoco-Río Negro (siglos XVI y XVIII)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales/Banco de la República.